

nuestra ropa ellos solos sin que él los pudiese ayudar.

—Y yo estoy aquí...—dijo todavía con voz llorosa...—estoy aquí... sin hacer nada... sirviendo de incomodidad... Quiero...—é hizo un esfuerzo para levantarse y sentarse en la cama; no lo consiguió y volvió á caer con la cabeza sobre la almohada y se echó á llorar.

—¡Oh, qué hermoso corazón!—exclamé, y dije é hice cuanto supe por consolarlo.

VII.

—¿Cómo se hacen las retiradas en los días de batalla? ¿Es cierto que los soldados no marchan en sus puestos y anda cada uno por donde le parece?

Esta pregunta la dirigía Cárlos una noche á uno de aquellos oficiales de mi compañía, que sentado junto á su cama, lo entretenía con aquellos cuentos fantásticos de guerras y batallas que se suelen narrar á los chiquillos. El interrogado sonrió pensando sin duda cuánto encerraría tal pregunta de sutil y de burlona si no la hubiese formulado un chico de aquella edad, y que hasta se podría tomar por sarcástica si no la hubiese hecho un amigo.

Y sonrieron también otras dos personas que se encontraban allí, al lado del enfermo; una era un concejal de un pueblo vecino, y la otra el propietario de aquellos mismos terrenos que ocupaba nuestro regimiento; dos hombrecillos de edad mediana, muy joviales, regordetes, muy

entusiastas de la causa italiana, por supuesto, que acostumbraban venir por las noches allí para charlar con los *valientes* oficiales del ejército; gente de campo, á la buena de Dios, cuya buena fe se le leía en la cara y que ántes de despedirse diariamente no dejaban nunca de repetir con mucho énfasis, que con soldados como los nuestros se podía tomar á la bayoneta en un solo asalto la fortaleza más inexpugnable.

—La cosa no sería tan fácil como les parece, decíamos nosotros.

—¡Oh! respondían sonriendo con aire de incredulidad, el empuje del soldado italiano... y concluían la frase con un gesto que equivalía á un: ¡bah, bah! puede hacer milagros.

—Conque ¿cómo se llevan á cabo las retiradas? preguntó á su vez el oficial interrogado. Es una pregunta un poco...

—Vaga... repuso el concejal.

—Precisamente.

Carletes calló y se puso á pensar en qué otra cosa preguntaría. Entre tanto el concejal, que habia estado meditando un momento, añadió:

—Y sin embargo debe ser, bien pensado, un doloroso espectáculo el de las retiradas.

Y calló, esperando una contestacion.

—Escuchen ustedes, replicó el oficial contrayendo la fisonomía como aquel que se prepara á recoger sus ideas.

Los otros dos, presintiendo un discurso largo, aproximaron sus sillas á la de mi amigo y compusieron su cara como para no perder detalle de lo que iban á escuchar.

—Escuchen ustedes,—repitió el oficial con voz vibrante:—hay un dolor, que comparado con él, la muerte de nuestras personas más queridas, comparado con él, la pérdida de nuestras más bellas esperanzas, los más inesperados y fieros engaños de la vida, todo ello no es sino tristeza pasajera, ligera turbacion, nada en fin; y este dolor es el que oprime el alma la tarde de una retirada... Por la mañana, felices, ébrios de alegría, ardiendo en un entusiasmo que nos arrancaba las lágrimas y nos hacía prorumpir en gritos de locura, impacientes en la batalla, seguros de la victoria...; y pocas horas despues... hé aquí que aquel ejército tan fresco y jóven que rebosaba lozanía, tan lleno de vida, tan fuerte de ardimiento y de fe, aquel ejército idolatrado por la patria, fruto de tantos sacrificios, objeto de tantos cuidados, asunto de tantos temores y de tantas esperanzas: hélo ahí pocas horas despues, vencido, desordenado y esparcido por el campo, volviendo á deshacer tristemente el camino recorrido por la mañana con aire de vencedor... ¡Ah! es un espectáculo que destroza el alma, que aterra, que anonada; es dolor que no hay palabra humana con que significarlo.—¿Quién nos

devolverá, nos preguntábamos desoladamente á nosotros mismos? ¿Quién nos devolverá nuestros ánimos de esta mañana, nuestro orgullo, nuestra fe, nuestra fuerza? ¿Quién volverá á traernos á los ojos aquellas lágrimas de entusiasmo? ¿Quién volverá á levantar el edificio sobre estas dolorosas ruinas? ¿Y qué dirá el país?... ¡Oh, la nación!—El pensamiento permanecía aterrado; nos parecía oír los gritos y los aplausos con los cuales el pueblo en las ciudades, nos había acompañado hasta las puertas, y aquellos aplausos y aquellos gritos bajaban hasta nuestro corazón, sacudiéndolo dolorosa y terriblemente.—¡Oh, callad, decíamos para nosotros mismos, callad, somos soldados y nuestro pobre corazón se destroza!...

Siguió un minuto de silencio. El concejal deslizó en voz muy baja:

—¡Y qué desconcierto habrá habido aquella tarde...

El oficial respondió con un movimiento de cabeza. Otro minuto de silencio.

—¿Y su división?—interrogó con mucha dulzura el dueño de la casa, —¿á qué hora sobre poco más ó menos, empezó á retirarse?

El acento de la pregunta y el gesto de la cara, expresaban abiertamente su vivo deseo de saber cómo habían ocurrido las cosas, en realidad, y no como las dijeron y describieron los periódicos.

cos. El oficial comprendió la intención, y como era un orador de gran facundia, empezó de la siguiente manera:

—Si la memoria no me es infiel, mi división empezó á retirarse del campo poco después de la caída de la tarde. Los diversos cuerpos llegaban precipitadamente de las distintas partes de la campiña sobre el camino que conduce á Villafraanca; aquí las filas se deshacían, los regimientos se mezclaban, toda apariencia de orden se desvanecía, y una turba tumultuosa se derramaba á la carrera en dirección hácia la ciudad, anegando rápidamente la calle principal, y la plaza, y los callejones, y los patios de la mayoría de las casas. Ardiendo por la larga y contenida sed, una gran parte de los soldados se lanzó á los pozos con avidez rabiosa y con ciertos gritos de salvaje alegría que daban espanto. Diez, veinte, treinta, los primeros con el vientre pegado al brocal, los otros con el pecho sobre la espalda de los primeros, se amontonaban alrededor de un pozo, sin tocar con los pies á tierra, á riesgo de caer dentro de cabeza, y se disputaban con manos convulsas el cubo, la cuerda, rechazándose á codazos y amenazándose con echar mano á las bayonetas y dirigiéndose al oído imprecaciones y blasfemias; hasta que el caldero sacado por diez brazos vigorosos empezaba á verse brillar y entonces las iras y los gritos y las sacudidas se re-

doblaban, todos los brazos se extendían para atraerlo, y por último, veinte manos lo aferraban, diez bocas hirvientes clavaban en su borde los quemados labios, y entre tirones y sacudidas más agua se derramaba que se bebía y más agua llenaba la cara y los trajes que satisfacía las ardorosas entrañas. ¿Quién ha bebido? ninguno. Y así se repetía la operación...

Tomado un momento de respiro, prosiguió:

—La mayor parte de los soldados se habían distribuido por el país; algunos batallones según las órdenes que recibieron no habían acabado de entrar en Villafranca cuando ya habían emprendido el camino de Goito á través de los campos; así es que no quedaba de los cuerpos, se puede decir, sino el núcleo; el coronel, el abanderado, gran parte de los oficiales y pocos soldados; bandas de música, ninguna. La muchedumbre que llenaba las calles, lanzaba gritos ensordecedores, llamándose en alta voz unos á otros y tropezando sin cesar; los oficiales corrían de uno á otro lado para obligar á los soldados á reunirse y dirigirlos alrededor de la bandera, corriendo los ayudantes de campo á caballo llevando y trayendo órdenes; en el centro de la plaza se agrupaban precipitadamente coroneles y oficiales de Estado Mayor, interrogándose con ansia y revocando órdenes; todos anhelantes, con el rostro encendido; las miradas, los actos y los acentos impregnados de

una profunda consternación: ¡Ah! era un espectáculo desolador. Por último, como Dios quiso, seguido por una veintena de soldados que debieron desfilar uno á uno entre los carros y las casas, salí fuera, á campo abierto, al camino que conduce á Goito. Encontré mi batallón reducido á un puñado de doscientos soldados y con ellos proseguí la marcha. Poco á poco cerró la noche; no se veían los dedos de la mano; el camino estaba lleno de carros de artillería y de provisiones que se paraban á cada paso, así es que había necesidad de tener mucho cuidado para no ir sufriendo contusiones por todas partes ó rompiéndose la cabeza contra tales obstáculos; á derecha é izquierda se tropezaba á cada instante con pedazos de ruedas y carros volcados, viéndose por el suelo montones de municiones de guerra y boca. De trecho en trecho, el carretoncillo de un vivandero con su lucecilla, parado y rodeado de soldados impedía el paso á los que iban llegando. A cada momento, un comandante ú oficial de Estado Mayor, que lo atropellaba á uno cuando ménos se lo pensaba; y á lo mejor le saltaban á uno los ojos con el cañón de un fusil los que iban y venían arremolinados. Densó polvo cegaba la vista y ahogaba las frases, sin poder mirar ni respirar; la tropa increpaba á los bagajeros ignorantes que desconocían, como era natural, la manera de moverse entre tanto y tamaño laberinto. Inútil-

mente se esforzaban los subalternos por reunir los pelotones y cuartas de sus respectivas compañías; los soldados se salían de la carretera para desparramarse en el campo ó tornaban del campo á la carretera llenando los fosos laterales en sin igual desórden: un ruido, en fin, una confusión, un trastorno indescriptible era aquello, que no hay voz humana capaz de dibujarlo: era una noche del infierno. ¡Oh, nada hay tan triste como una retirada!...

...El cansancio de la jornada, la fatiga no sólo corporal, si que tambien del ánimo despues de tantos accidentes habian agotado mis fuerzas por completo: estaba muerto...

...Dí con mi cuerpo en un carro de artillería; habia un sitio desocupado; los soldados me hicieron lado; subí, me coloqué lo mejor que pude, y me quedé profundamente dormido. Cuando desperté comenzaba á despuntar la aurora...

...Nos hallábamos á pocos pasos del puente de Goito. Llovía. Me toqué la ropa y estaba helada. Miré al alto: el cielo estaba cubierto por un nubarrón oscuro, igual, y que pronosticaba agua para todo el dia. Volví la vista á mi alrededor: por todas partes soldados en grupos, con los ojos en el suelo, y la cabeza baja. Muchos de ellos habian desliado el lienzo de las tiendas y se las habian echado encima, para resguardarse del agua; algunos que antes extraviaron morral y tiendas se cobijaban

bajo el amparo de los compañeros; otros que perdieron el kópis se ataron un pañuelo á la cabeza; otros en lugar de morral formaron un lio y lo cargaron en la punta de la bayoneta; todos marchaban rendidos y como anonadados, tropezando á cada instante. De vez en cuando se veía detenerse un soldado, echarse á tierra, apoyarse en un árbol y proseguir, luego de tomado aliento...
...Pasé el puente: aquel puente donde poco ántes se miraban frente á frente el centinela austriaco y el centinela italiano como perros rabiosos; entré en Goito, volví á la derecha por la calle principal... y ¡qué espectáculo! á derecha é izquierda, en las puertas, apoyados en las paredes, agrupados en las esquinas, tirados por el suelo, dentro de las tiendas, por todas partes, soldados aniquilados por el hambre, por el cansancio y por el sueño; acurrucados, apoyados, como si las fuerzas y la energía hubieran huido de aquellos cuerpos por completo... sentados en el suelo, con las rodillas pegando con la barba, la cabeza entre las manos, los codos sobre las rodillas, la vista perdida, medio muertos en fin... alguno que otro comia, devoraba un pedazo de pan, aferrándolo con entrambas manos y llevando alternativamente ojos y dientes en él, girando despues de cada mordisco la vista por todas partes, temeroso de que alguien lo acechase para arrebatárle la preciada presa... Quién se entretenia en sacar y meter los

objetos de la mochila; quién mataba el tiempo limpiando las armas y acomodando las hebillas del correaje... Y entre tanto el camino hormigueaba de soldados que se dirigían hácia Cerlun-go; pasaban estos mirando con aire de disgusto ó estupor; aquellos se acercaban á la pared, se descargaban el morral con movimientos de contorsion propios de la falta de actividad, dejándolo resbalar al suelo, y echándose sobre los mismos, para permanecer inmóviles en la primera postura en que caían; estos otros, al divisar un camarada, le hacian seña de que esperase y apoyando los codos contra la pared, y las manos contra el suelo se levantaban penosamente y cogiéndose del brazo emprendian la nueva marcha... En las puertas de las tiendas, se veian grupos de tropa que se disputaban el mostrador, y preguntaban furiosos los soldados si habia que comer y enseñaban el dinero en la mano en prueba de buena paga...

—No muchachos, no, no hay ya nada, lo siento,—contestaba la voz de los dueños de los comercios, con tono compasivo,—lo siento, pero no queda nada. Llegaban á otra tienda, lo mismo; á una tercera, lo propio, y así sucesivamente... Al cruzar por delante de los cafés, se distinguían los oficiales durmiendo con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza echada sobre los brazos por toda almohada; y en cada velador tres ó cuatro individuos durmiendo así y formando las cabezas co-

rona á botellas y vasos y á pedazos de pan llenos de mordiscos. Aquel miraba á la calle fijamente sujetándose la cabeza con una mano; y sin darse cuenta de la operacion ni tener conciencia del tiempo, ni de su actitud, pasaba minuto tras minuto como verdadero idiota; éste, pálido y desencajado parecia salido del sepulcro ó de larga enfermedad; todos ofrecian el aspecto de convalecientes.—El dueño del establecimiento, miraba á sus parroquianos compasivamente y meditaba echado de bruces en el mostrador... En las calles se amontonaban carros de los regimientos, bagajes sin orden ni concierto alguno, y saliendo de cada atropello lo mejor que podia cada cual, tiraban adelante sin gritar ni insultarse, sin ánimos para reñir, como si no les dolieran las contrariedades, en medio de un silencio aterrador... Por la calle Mayor atravesaba en el ínterin la artillería rodada. Aquella marcha lenta y grave, aquel rumor monótono y sordo de los carros que hacia sonar los vidrios de las ventanas; aquellos robustos artilleros, cabizbajos y pensativos, envueltos en sus capotes grises, el conjunto en suma de aquel tremendo convoy llevaba al ánimo profunda tristeza. Muchos vehículos seguían á la artillería conduciendo oficiales heridos, parándose á cada paso que la columna que los precedia detenia su marcha. Y á pesar de una muchedumbre tan inmensa que hormigueaba por todas

partes, á pesar del ruido de carros y cureñas é impedimentas, reinaba en Goito un silencio asolador, propio de una ciudad deshabitada...

...Los cuerpos de mi division se habian acampado á la izquierda del camino que conduce desde Goito á Cerlungo y que flanquea la orilla derecha del Mincio. Los campos tenian un aspecto melancólico. No se veian sino pocos grupos de soldados esparcidos aquí y allá que desplegaban sus tiendas ó limpiaban las armas; el resto hallábase bajo las tiendas de campaña; á cada momento llegaban nuevos soldados errando por el campo en busca de sus compañías respectivas y se detenian alrededor de las tiendas de sus compañeros porque ellos habian perdido mochila, morrales y los pies derechos de la armadura de las tiendas, y permanecian contrariados mano sobre mano sin saber qué hacerse. En aquellos campos no se escuchaba voz alguna ni rumor de ninguna especie: reinaba una quietud cansada y severa...

...Llegado al campo mi regimiento, fuí á echarme bajo mi tienda sentándome sin hablar al lado de mis compañeros que hacia más de una hora se encontraban allí. No nos saludamos ni cambiamos palabra, ni nos miramos siquiera á la cara: permaneciamos todos allí mudos é inmóviles como desmemoriados...

...De repente oimos un grito agudo á pocos

pasos de la tienda; otro grito más lejano, un tercero más próximo: diez, ciento, mil voces prorumpen como en concierto por todas partes y se oye rumor confuso de precipitados pasos. ¿Qué es esto? Nos lanzamos fuera de la tienda. ¡Oh, que magnífico espectáculo! Todo el regimiento se dirigía corriendo hácia el camino de Goito; y no solamente el nuestro, sino el de la derecha, el de la izquierda, todos los que nos rodeaban, hasta los más alejados, volaban en direccion de la carretera corriendo como á un asalto. Miré á la cara de los soldados; eran rostros convulsos y radiantes; lanzaban al aire gritos de alegría y fragorosas y prolongadas salvas de aplausos. Corrimos hácia el camino, pasaron dos carabineros á caballo con el sable desnudo; apareció un carruaje...; todas las cabezas se descubrieron, todos los brazos se levantaron en alto, y un solo y potente grito salió de aquellas mil bocas de la muchedumbre apiñada; pasó el carruaje y los soldados volvieron todos á sus puestos... Pero el campo cambió de aspecto repentinamente; se encendió en todos la esperanza y la fe; ninguno volvió á entrar en las tiendas; en cada parte del campo resonó y duró hasta la noche un estrépito constante lleno de jovialidad y de animacion; las bandas tocaron marchas conocidas, viejas y queridas compañeras de nuestros entusiasmos, y nuestro corazon volvió á sentir por un momento

los latidos divinos de dos días antes. ¡Oh todavía se combatirá, se combatirá aún!

—¿Quién iba en aquel carruaje?,—preguntó Carletes con viva curiosidad.

—El Rey.

VIII.

—Señores míos—nos dijo el médico la primera vez que se levantó Carletes,—me creo en el deber de deciros que este chico está en la imperiosa necesidad de volverse á casa. Está curado; pero la más insignificante cosa puede serle fatal. Acaso dentro de pocos días, hecha la paz, volveremos la espalda á Venecia é iremos á Ferrara, y desde Ferrara Dios sabe donde; nos echaremos al cuerpo la friolera de quince ó veinte días de marcha y acaso más, y es imposible que este chico nos siga; necesita quietud, reposo y no marchar siete horas al día y dormir sobre la hierba. Esta no es vida propia para un muchacho convaleciente, convendrán ustedes, supongo, conmigo.

Y nos dejó.

Permanecimos algun tiempo pensativos. Pero á las palabras del médico por mucho que se tratase de buscarles contestacion, no habia razones que oponer. Que volviese á casa era una necesi-